

COMENTARIO DE ALBERTO FLORES GALINDO

Alvaro Rey de Castro parte en sus "notas marginales" de constatar el temprano ingreso del psicoanálisis en la cultura peruana. A los datos que proporciona podríamos añadir la presencia de Freud en la biblioteca de José Carlos Mariátegui y la comparación que éste mismo planteó entre marxismo y psicoanálisis; no advertía ninguna incompatibilidad entre ambos sistemas de pensamiento y por el contrario, buscaba algunas aproximaciones. En las páginas de Mariátegui podemos ubicar pasajes que recuerdan al paralelo entre Freud y Marx planteado en fechas cercanas por Althusser pero también encontramos semejanzas con las preocupaciones de Benjamin, Adorno y Horkheimer. El simple recurso a la cronología demuestra que no estamos ante el acatamiento a una moda o la repetición de concepciones europeas. El encuentro, en el Perú, entre psicoanálisis y marxismo, no fue consecuencia de la imitación. ¿Por qué sucedió?

Una respuesta podríamos encontrarla prolongando interpretaciones de Robert Paris. El Perú de los tiempos de Mariátegui parecía ser la realización misma de la metáfora psicoanalítica: ese mundo acallado y reprimido del inconsciente se encarnaba en las multitudes indígenas que a pesar del menoscipio limeño, gravitaban sobre la escena nacional. Tras la apariencia de un mundo occidentalizado, en estado latente persistía una antigua civilización. El Perú era un territorio ideológico que a diferencia de Europa, carecía de ilustración: aquí la razón no había impuesto su dominio; el mito y la utopía persistían en las mentalidades colectivas. Era también una sociedad en la que se encontraban todas las etapas de la evolución histórica, desde el taller lítico hasta la fábrica y la gran industria. Comprenderla, desmontar su derrotero y sobre todo, atisbar su futuro, eran empresas que no se podían cumplir con los instrumentos racionales. Hacía falta recurrir a la intuición y a la imaginación. Mariátegui pensaba que antes que un tratado, la ficción podía ser más útil para dar cuenta de la realidad peruana. A falta de novela, el ensayo era una alternativa. Existía, en Mariátegui y en la intelectualidad peruana de los años 20, una apertura natural a las corrientes irracionalistas. Por eso la temprana sintonía con el surrealismo francés. Por eso también la atención a un pensamiento, que como el freudiano, privilegiaba al vasto territorio del inconsciente: los lapsus, los actos fallidos, los sueños.

En la realidad peruana existen temas y problemas que se emparentan de manera natural con las preocupaciones del psicoanálisis. Los mitos pueden ser leídos como los sueños de un individuo. Estos relatos míticos —reprimidos y ocultados— encuentran refugio en el inconsciente. Tom Zuidema y Ulpiano Quispe nos han mostrado la estructura mítica de los sueños de una mujer ayacuchana. La historia andina está habitada también por elaboraciones utópicas y milenaristas, como la vuelta del Inca o el Tahuantinsuyo, que

evocan la noción de fantasía en Freud. Existen, finalmente, acontecimientos traumáticos, como el encuentro entre los Andes y Occidente, que como tal, todavía no ha sido resuelto y adquiere una dimensión angustiada en el recuerdo colectivo. La carencia de una imagen colectiva, los problemas de identidad, remiten también al pasado y a encontrar una respuesta mediante el esfuerzo de comprender la experiencia histórica, de la misma manera como el "paciente" y el analista emprenden ese viaje hacia atrás y en el inconsciente, a través de la terapia.

Sin embargo, a pesar de todas estas características, el Perú es un país demasiado introvertido, escaso en confidencias. Pocas autobiografías, pocos diarios íntimos, pocas confesiones: el rasgo ha sido señalado por Julio Ramón Ribeyro. Lo recordamos porque quizá permita sugerir las trabas que el Perú plantea al psicoanálisis. Dos son las más evidentes. En un país con las abismales diferencias sociales y étnicas que tiene el nuestro, no existe la preocupación por la *verdad*, la incitación a la búsqueda, sino más bien, el afán por encontrar coartadas, recubrirse de caretas, ocultarse. El viaje dentro de sí mismo — en segundo lugar —, a que invita la práctica psicoanalítica, no parece viable en un país en el que en sentido estricto, existen pocos ciudadanos. Estoy aquí citando una conversación con el sociólogo Guillermo Nugent. Los individuos no están claramente diferenciados, ni tienen el respaldo social suficiente como para respetar a los otros e interesarse suficientemente por la responsabilidad de sus actos. El psicoanálisis es un ejercicio de la libertad, incompatible con nuestras tradiciones autoritarias.

Pero estas anotaciones parecen contrapuestas con las que iniciaron este comentario. La contradicción puede solucionarse si admitimos que una dimensión son los temas, las preguntas y las preocupaciones del psicoanálisis y otra su práctica. Como tema parece tener, desde los años 20, un amplio territorio en el Perú, pero como práctica pareciera condenado a encerrarse en un medio tan estrecho como el de quienes tienen efectivamente el derecho de ciudadanía en este país.

Un comentario final. Si repasamos la periodificación que Rey de Castro propone para entender la trayectoria del psicoanálisis, podemos encontrar una cierta correspondencia con la historia del marxismo en el Perú. El ingreso del psicoanálisis transcurre paralelamente con la introducción de Marx. Su postergación con los años de predominio de un pensamiento conservador y el renacimiento final de la práctica psicoanalítica, con la nueva izquierda y la adscripción al marxismo de muchos intelectuales. ¿Por qué este paralelismo? Historias paralelas en un sentido literal: el psicoanálisis no ha prestado — hasta fechas recientes — mucha atención a los fenómenos sociales y objetivos y el marxismo no ha sabido interesarse por los individuos, las subjetividades y lo vivido.